

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1952

Núm. 997

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7-1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## UNA RESURRECCION - Otra carta de Cayo a Tulio

Las maravillas se suceden sin interrupción, y empiezo a preguntarme si vivo en un mundo real, o en el país de los ensueños.

Si me propusiera contarte todo lo que el Profeta ha dicho y hecho en presencia de las muchedumbres que le siguen, necesitaría escribirte volúmenes. Aunque eso sea imposible, no me perdonarías si te dejase ignorar los hechos portentosos de que, por pura casualidad, he sido testigo.

Voy a contarte lo que ayer, a la hora del crepúsculo, vi con mis propios ojos.

Volvía a caballo con algunos legionarios de una larga excursión por la parte de Nazaret, y ya habíamos atravesado la aldea de Naim, plantada en un valle solitario, al pie de una montaña. Seguíamos lentamente, al paso, un camino sinuoso, abierto entre malezas y algunos árboles, cuando descubrimos delante de nosotros un cortejo fúnebre que se dirigía al cementerio del pueblo, subiendo la suave pendiente del Pequeño Hermón.

Nada más triste ni impresionante que los funerales en Oriente, y emocionados por el espectáculo, nos colocamos en silencio a la cola del cortejo.

Formaba éste una larga procesión de túnicas negras arrastrando por el suelo, de hombres y mujeres veladas, lamentándose en alta voz y dejando oír fúnebres y monótonas salmodias. El cuerpo del muerto iba extendido en una parihuela llevada por cuatro hombres, cubierto únicamente por un velo negro. Lo que aumentaba la tristeza del espectáculo era la música, chillona sin arte ni armonía, y monótona hasta la exasperación, que se mezclaba a los gemidos de las plañideras. Pronto aparecieron, a nuestra izquierda, en un repliegue del terreno, los blanqueados sepulcros del viejo cementerio.

Vínome entonces a la memoria nuestra esplendorosa *Via Appia*, con sus suntuosos mausoleos, y me entristeció el contraste. Pero la *Via Appia* no ha visto, ni verá nunca, lo que mis ojos vieron allí.

De improviso, en lo alto de la colina, a algunos centenares de pasos, surgió otra procesión de hombres, de mujeres y de niños que venía a nuestro encuentro. A su cabeza caminaba, envuelto en los amplios pliegues de su túnica blanca, el Profeta de Nazaret.

A su vista, sin saber por qué, me sacudió una conmoción imposible de dominar. Muy lejos estaba de figurarme lo que iba a suceder, y el hecho de aquella muchedumbre cruzándose con un entierro nada tenía de extraordinario. Sin embargo, presentí que se encerraba un gran acontecimiento en aquel encuentro del Profeta con la muerte.

Muchas veces había ya desplegado su ascendiente sobre la naturaleza pero ¿qué podía hacer contra la muerte, la gran enemiga, la siempre invencible? ¿Se atrevería a dictarle sus órdenes, como ya se las había dictado al mar enfurecido?

Envuelto en su mortaja, con la cabeza reclinada en un almohadón de seda roja, el rostro descubierto, el muerto, hijo único de una viuda, dormía su último sueño.

Nada podía turbarlo: ni los sollozos de su madre, ni las lamentaciones de los que lloraban, ni el discordante estrépito de los instrumentos músicos, ni las salmodias de los cantores, ni el paso acompasado de los que le llevaban en hombros.

Para él el libro de la vida estaba cerrado, y sellado. Había caído en la paz suprema, o en la paz terrible.

Y así como no oía, tampoco podía ver. Sus ojos estaban cerrados para siempre, y sin embargo, para siempre abiertos sobre el «más allá». Y en aquel mundo desconocido nunca sería ciego. Pero ¿qué veía? Nadie de este mundo lo sabría jamás. Ese es el gran misterio, cuya clave acaso poseía el que acababa de llegar.

Pero no basta conocer el secreto de la muerte para devolver aquel hijo a su madre desolada. Era preciso, además, poseer el don de resucitar. ¿Iba el Profeta a probar que, en efecto, él era la Resurrección y la Vida?

Planteándome estaba este problema, cuando le vi alzar las manos, en

señal de que el entierro se detuviese. La agitación de la multitud era indescriptible.

—¡El Profeta! ¡El Profeta! clamaban todos, arremolinándose en torno suyo, mientras él se acercaba a las parihuelas, puestas en el suelo.

Yo mismo me acerqué cuanto pude, procurando, desde lo alto de mi montura, mirar por encima de las cabezas.

Abriéronse las filas para dejar paso a la madre infortunada, cuyo hijo único iba a ser depositado en tierra. Entonces ella levantó su velo, y sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, se clavaron en el Profeta, implorándole, pero sin pronunciar una palabra. Los grandes dolores son mudos.

—No llores más, le dijo Jesús con profunda emoción.

Y extendiendo la mano encima del lecho mortuario, dijo en alta voz:

—¡Levántate, joven! ¡Te lo mando!

¿Lo creerás, Tulio? El muerto se levantó, y el Profeta, tomándole de la mano, lo llevó a su madre, diciendo:

—Mujer; ahí tienes a tu hijo.

Tales fueron el asombro y el estupor, que la multitud permaneció inmóvil, y muda por un momento, pero fué para prorrumpir después en delirantes exclamaciones de júbilo y alegría. Los que estaban más próximos al Profeta se prosternaban para besarle los pies, apoderándose otros de sus manos para besarlas igualmente. Y las aclamaciones no cesaban. «¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡De entre nosotros se ha levantado un gran Profeta! ¡Dios ha visitado una vez más a su pueblo!»

Yo mismo hubiera querido manifestar al Profeta mi admiración; pero me fué imposible llegar hasta él.

Los parientes y amigos del resucitado se apoderaron de éste, y emprendieron el camino de Naim, entonando cánticos.

Nosotros, petrificados, y silenciosos, dominados por emoción profunda, seguimos largo tiempo con los ojos la triunfal procesión.

—¿*Quis est iste?* me preguntaron al fin mis legionarios. Yo les hice seña de que no podía responder y te dirijo a ti la misma pregunta: ¿*quis est iste vir?* ¿Quién es este hombre?

La noche avanzaba y nos dirigimos a Magdala, al galope, mientras seguían resonando a lo lejos las aclamaciones de la muchedumbre que entraba en Naim, con el Profeta.



Y cabalgando a la claridad de las primeras estrellas, me absorbía yo en la meditación de los grandes problemas de la vida y de la muerte, que ni Sócrates ni Platón habían podido resolver.

Nuestro Cicerón, el mayor de los romanos, nos ha dicho, es verdad, que después de la muerte el espíritu continúa lleno de vida, más que antes aún, pues se le han quitado las ligaduras del cuerpo.

Pero ¿qué es ese espíritu, que llamamos también alma? ¿Qué vida es la suya separado del cuerpo? ¿Dónde va después de esa separación?

¿Podemos tener relación todavía con él? ¿Y cómo? Ni Cicerón, ni otro filósofo alguno, han dado respuesta a esas preguntas. Pero Jesús de Nazaret debe saberlo, pues ha podido volver a un cadáver el alma que le había abandonado. Debe tener relaciones con las almas de los muertos, cuando la de este joven ha oído su voz y la ha obedecido.

¿Luego habrá que colocar a este hombre por encima de todos los filósofos, y acaso por encima de la humanidad?...

20 Junio 781.—Magdala.

A. B. R.

## El sueño de San José

José terminada su tarea, miró su obra y quedó satisfecho de ella.

Estaba cansado, pero José no se quejaba; daba incansables gracias al Eterno porque así tenía el sustento para su familia, y recordaba las palabras que dirigió al primer hombre, cuando salió del paraíso después de la prevaricación: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente», Dios sometió al hombre a trabajar, el mismo Dios Hijo acataba la voluntad del Padre y daba ejemplo a los hombres, sujetándose voluntariamente al trabajo.

El divino Niño le ayudaba cuanto podía, traía y llevaba las herramientas, le iba dando los clavos para que no interrumpiera su labor, recogía las astillas del suelo, y cuando le veía fatigado, intentaba aserrar la madera, para descansar algo.

Aquel día habían trabajado mucho, mucho; José enjugaba su rostro polvoriento y sudoroso, estaba rendido, y Jesús, aun más fatigado que su padre, sentóse en un rinconcito del taller; pronto empezaron a entornársele los párpados, cerrarse sus ojitos, y no tardó en quedar sumergido en un dulce y tranquilo sueño.

José sentóse a su lado para velarle; el rostro del Niño despedía rayos de gloria. El Patriarca le besó cautelosamente una mano, adorándole como a su Dios.

La caída de la tarde era apacible; el leve rumor de las hojas, que el aire movía suavemente, el murmullo de la fuente y el dulce trino de los pajarillos fueron arrullando a José, que a poco quedó también profundamente dormido.

\*\*\*

José comenzó a andar; caminaba sin descanso por parajes desconocidos, y an-

dando llegó a una hermosa ciudad.

Quedó deslumbrado con tanta riqueza y maravillas y se puso a contemplar los soberbios palacios, las magníficas viviendas; allí abundaban los mármoles y jaspes y preciosas maderas. Las calles y plazas eran majestuosas, con floridos jardines y caprichosas fuentes esparcidos en ellas. José estaba admirado cuando llamó su atención un suntuoso edificio distinto de los que hasta entonces había visto; sobre la puerta había escrito: «Esta es la casa de Dios, Casa de Oración.» Y José entró en el templo para rendir culto de adoración y de alabanza.

Lo primero que se presentó ante sus ojos fué la Cruz, pero aquí el templo no estaba desierto. Multitud de gentes se postraban a los pies del Crucificado.

Los soldados le rendían sus armas antes de marchar al combate; los niños levantados por sus madres, besaban con amor las llagas; las madres pedían gracia para ellas y sus hijos; las doncellas fuerza para defender su pureza; los jóvenes constancia en guardar la castidad; los pecadores sollozando abrazados al pie de la Cruz, gimiendo clamaban misericordia.

Y el Crucificado infundía valor al guerrero, miraba con ternura a los pequeñuelos, daba su bendición a las madres, su amparo a las doncellas, protección a los jóvenes, otorgaba el perdón a los pecadores, y de sus llagas manaba la sangre, que caía sobre todos, y sus almas lavadas con ella, se volvían más blancas que la nieve y más resplandecientes que el sol.

José quiso contemplar de cerca aquel prodigio, y al llegar junto a la Cruz un grito desgarrador salió de su pecho. Aquel hombre era Dios, era su Jesús; y José, sin apartar la vista de aquellas facciones adorables, vió cumplidas las Escrituras, siguió paso a paso la Pasión del Salvador, recordando la profecía de Simeón, y también contempló a su esposa traspasada con la espada del dolor.

\*\*\*

—¿Qué tienes, padre mío?—le decía Jesús rodeándole el cuello con sus brazos

—José, José—repetía María angustiada.

El patriarca despertó, estrechó la mano de su esposa, y ofreciendo segunda vez al Padre la víctima propiciatoria, ocultó sus lágrimas en el regazo del Hijo.

M.<sup>a</sup> Mercedes Vila

## EL AFAN

(Leyenda oriental)

HABIA una vez un hombre que cortaba piedras de una roca. Su trabajo era largo y penoso, y muy pequeño su salario, por lo que suspiraba tristemente. Un día cansado de su ruda tarea, exclamó:

—¡Oh! ¿Por qué no seré ya bastante rico para pasar la vida tumbado sobre un blando lecho, provisto de cortinas, que me libren de los mosquitos?

Entonces un ángel descendió del cielo y le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el hombre fué rico y reposaba sobre un blando lecho, provisto de cortinas de seda roja.

Pero he aquí que el rey de aquel país llegó en su magnífica carroza precedida y seguida de lujosos caballeros, y rodeado de servidores que sostienen una sombrilla de oro sobre su cabeza.

El rico se sintió entristecido por este espectáculo y dijo suspirando:

—¡Oh, si yo pudiese ser rey!

Y el Ángel, descendiendo del cielo le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

El hombre fué rey y se paseaba en una magnífica carroza, presidida y seguida de lujosos caballeros, y le rodeaban servidores, que sostenían sobre su cabeza la sombrilla de oro,

El sol brillaba de tal modo, que sus rayos quemaban la hierba.

El rey se abrasaba de calor, y decía que quisiera ser como el hermoso astro.

Y el Ángel, descendiendo del cielo le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el rey fué transformado en sol, y sus rayos se derramaban sobre la tierra, abrasando hierbecillas y haciendo brotar el sudor del rostro de los reyes.

Pero una nube se eleva en los aires y tapa su luz.

El sol se irrita de ver su poder menospreciado, y grita que se cambiaría por la nube.

Y el Ángel, descendiendo del cielo le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el sol se convierte en nube, que da sombra a la tierra y las hierbezuelas reverdecen.

Y la nube se abrió, y de sus flancos corrieron torrentes de agua que inundaron los valles, devastaron las mieses y ahogaron las bestias; pero nada podía contra una roca, a pesar de embestirla el oleaje por todos lados.

Entonces gritó la nube:

—Esa roca es más poderosa que yo: quisiera ser roca.

Y el Ángel, descendiendo del cielo le dice:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y la nube fué cambiada en roca, y ni el ardor del sol ni la violencia de las lluvias podían conmovérla.

Pero llega un obrero: con su martillo comienza a golpearla, haciéndola pedazos, y la roca grita:

—Este obrero es más poderoso que yo. ¡Quisiera ser este obrero!

Y el pobre hombre transformado tantas veces, vuelve a ser el picapedrero que trabajara rudamente por un pequeño salario, y vive al día contento con su suerte,

¡Oh hombres! Comprended que cuando Dios os colocó en un lugar, aunque dieseis vuelta a todos los de la naturaleza, en ninguna parte encontraréis descanso, sino en tornar al lugar que estabais, porque allí cumplíais la voluntad de Dios, fuera de la cual no puede haber orden ni descanso en el cielo ni en la tierra.

¡Bienaventurados los que comprenden esta altísima verdad y saben cumplirla sometiendo a los fallos de la Providencia, porque ellos habrán descubierto el secreto de vivir en paz!



## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

No puede negarse que Jesús de Nazaret tuviera frases severas dirigiéndose a los ricos, a través de sus predicaciones evangélicas y que haya azotado vigorosamente la dureza de sus corazones y su orgullo. «¡Desgraciados vosotros, ricos, les dijo, porque tenéis vuestro consuelo; desgraciados vosotros, los saciados, porque tendréis hambre!» Se complace, en cambio, en exaltar a los pobres y en proclamarlos bienaventurados, haciéndoles objeto de sus preferencias y dedicándoles sus predilecciones más acentuadas. No habla de ellos más que en términos repletos de ternura, que contrastan de un modo singular con los anatemas que formula contra los ricos y los reproches, a veces violentos, que les dirige.

Sin embargo, Cristo no condena las riquezas, sino su mala administración. He ahí dónde está el pecado de muchos.

Decía, hace unos años, un político católico español: «Hay que ir a la disminución del número de ricos y del número de pobres también.»

Este consejo, como todos los que a quienes tienen mucho se dirige, fué desoído y la revolución encontró un campo abonado para el odio y la destrucción. Pasaron los años, y hoy día hay más ricos y más pobres. Y los ricos de hoy, son mucho más ricos que lo eran antes y los pobres de ahora, son más pobres que lo fueron nunca.

Las diferencias económicas en la sociedad son mayores. El desnivel se acentúa cada día más. La ambición desenfrenada corre locamente sin saciarse jamás. El pobre, cada día encuentra una escasez mayor y una mayor dificultad para conseguir mitigar el hambre de él y de los suyos.

Las causas están en la moral del hombre, que olvidando sus grandes deberes, ha cegado sus ojos y cerrado sus oídos a la voz de Dios, que le viene repitiendo desde la época en que vivió entre los hombres la obligación, el deber sagrado de hacer partícipes a los demás del producto de sus grandes riquezas.

No le niega Cristo su derecho a poseer bienes importantes de fortuna, siempre que hayan sido honradamente adquiridos, pero sí le señala el deber de hombre rico, propietario de los bienes de este mundo, para que ayude con su dinero a vivir al pobre, que su acaparamiento de bienes, puede ser que haya sido la causa de su miseria.

Piense el rico que sus riquezas no son suyas, pues él sólo es un mero administrador de las mismas, en beneficio de la comunidad. Acapararlas egoístamente, despilfarrando los bienes en cosas que no le son necesarias y a veces hasta contrarias a la moral, es un robo que hace a la comunidad que tiene derecho a vivir con sus mínimas necesidades cubiertas y sin que sus hijos les falte el pan de cada día y el abrigo en el frío invierno.

Las riquezas hacen con frecuencia a los

hombres duros, sensuales y orgullosos. Tienen por lo general, un concepto egoísta de sus derechos, que constituye un desconocimiento del plan divino sobre el uso de los bienes terrenales.

Son los ricos como mandatarios y como tales tienen que obrar. Dios que les ha concedido esos bienes, les señala las normas de su administración: ¡ay de ellos! si no saben ser ricos de acuerdo con la ley de Dios.

Es difícil, cierto, ser buen administrador de riquezas. Fácil es confundir los derechos y los deberes. La familia, los hijos, la posición social, el cargo, todas estas circunstancias pueden crear un ambiente de desorientación para aquella persona que quiera adaptarse a las normas dadas por Jesús de Nazaret, respecto a las riquezas. No todos pueden deshacerse de sus bienes, abandonar sus ocupaciones y seguir a Jesús; pero sí, pueden vigilar sus gastos, estar atento al dictado de su conciencia, consultar, si es preciso con los padres de la Iglesia, vivir honradamente, no hacer ostentación de riquezas, ni de lujos que son una ofensa a Dios y a la sociedad que le rodea. Y sobre todo, hacer el bien a los demás, ayudar cuantas obras de caridad pueda, remediar en todo lo posible la desgracia y miseria ajena, consolar, no solo con su dinero, sino con su misma persona, sin delegados, el dolor y los sufrimientos de los demás.

El rico, tiene en sus manos, un medio magnífico de hacer el bien. Su conciencia le irá dictando sus obligaciones y sentirá una gran alegría cuando ella le dice que sabe cumplir muy bien con su deber de hombre rico en medio de la sociedad.

... Y Jesús terminó diciéndole:

—«Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.»

R.

## Ejercicios Espirituales para caballeros, señoras y señoritas en Loyola

La Unión Comarcal de Hombres de Acción Católica de Gijón organiza su décima tanda anual de Ejercicios Espirituales para caballeros en la Santa Casa de Loyola, provincia de Guipúzcoa, que se celebrará del 13 al 20 del próximo mes de abril (semana de Pascua). Al mismo tiempo recibe inscripciones para la tanda de señoras y señoritas que en los mismos días se celebrará en la Casa de Cristo-Rey, del mismo Loyola, inmediata a la Santa Casa. Ya está abierto el plazo de recepción de inscripciones para ambas tandas. El viaje se hace directo, sin transbordos, y en vagón reservado por la R. E. N. F. E., tanto a la ida como a la vuelta. La reserva de plazas se hace por riguroso orden de presentación de los oportunos boletines de inscripción.

Para informes e inscripciones, el Secretario de Acción Católica, Plaza del Monte de Piedad, 2, tercero, derecha. Teléfono 3474. Horas de oficina, de seis a ocho.

## La Vara de San José

Dios mira a la tierra y ve  
junto a su Madre hechicera  
descansando a San José,  
y envía su primavera.

Que con cariño sincero  
en el jardín del amor,  
será el mejor jardinero  
que cuide la mejor flor,

María, luciendo serena  
su pureza virginal,  
es la más blanca azucena  
que luce el mejor rosál.

Necesita del esmero  
y cariñoso cuidado  
que le preste el jardinero  
de su flor enamorado.

Y Dios desde el cielo ve  
que para cuidar la flor  
más escogida, José  
en quien se presta mejor

Lo mira con complacencia,  
y a su sonrisa divina  
se vuelca su omnipotencia  
y su bondad peregrina.

Y una mañana cualquiera  
el milagro se hizo, y fué  
que floreció en primavera  
la vara de San José.

Hermenegildo Rodríguez

## A LA ESPAÑOLA

Siempre España ha sido objeto de comentario internacional. Desde la época de Sagunto y Numancia, hasta nuestros días, todas las naciones, por boca de su prensa y sus representaciones más o menos oficiales, han tenido palabras de censura o ponderación a la actitud, algunas veces quijotista de nuestros gestos heroicos.

Y es que España, idealista por excelencia, ha obrado por impulsos románticos, inspirados, siempre, por la religión o por el patriotismo.

Nunca fuimos muy amigos de copiar modos de ser de países extraños. No nos vienen a medida. Y cuando nuestros gobernantes, quisieron adaptarnos al patrón extranjero, nos resultaba incómodo el traje.

Es posible, que en muchas de nuestras gestas, el sacrificio haya parecido absurdo, desproporcionado, sin motivo que lo justifique plenamente; pero los españoles somos así. Nuestros gestos de heroísmo nunca pueden ser bien comprendidos por los países materializados que no sienten la inmensidad de un acto grandioso, sin calcular primero las consecuencias económicas y políticas que pudiera producir. Los españoles se dejan matar en Sagunto y Numancia, se lanzan a la aventura a través de los mares para descubrir un mundo que la ciencia había negado, luchan con ene-



migos superiores sin medir las fuerzas adversarias y dispuestos a morir con honra, realizan a través de la historia, gestas gloriosas con las cuales podían escribir con orgullo su propia historia todas las naciones, pues a todas podríamos dar lecciones de valentía y de heroísmo patrio.

Hoy, siguen las naciones ocupándose de los gestos quijotescos de nuestra patria con lo cual siguen rindiendo homenaje a un pueblo que nunca quiso soportar yugos extranjeros a través de su historia.

Somos algo incomprendidos fuera de nuestras fronteras; pero qué vamos a hacer; nuestro modo de actuar es así: a la española.

*Díaz de Vivar*

Comentando

## Películas de interés nacional

No quiero comentar aquí la calificación de las películas que ya la Iglesia tiene muy buen criterio en hacerlo, señalando en la puerta de las mismas, la crítica que se merecen a su acertado juicio.

Pero hay algo, que nos ha llamado la atención y es esa nueva calificación que la autoridad civil ha señalado a determinadas películas declarándolas de «interés nacional».

Cierto que algunas de ellas por motivos de historia patria y de propaganda de hechos religiosos les sienten muy bien esta categoría que se las ha concedido; pero hay otras, cuyo interés nacional no lo vemos por parte alguna.

Entendemos que el interés nacional de una película está en el hecho que en ella se desenvuelve, en lo digno de ponderación y de imitación de sus personajes principales, que sirva de modelo a esta juventud que ahora se está forjando y precisa de esos hombres que todos admiramos a través de los hechos históricos o religiosos, para no tener que descender a levantar pedestales y ofrecerles nuestra admiración a los deportistas de moda que desfilan ocasionalmente por nuestras ciudades.

Pero lo que no comprendemos es la calificación de «interés nacional» a películas que si pueden estar bien técnicamente, su argumento es desmoralizador, inmoral, vergonzoso para nuestra patria y de un efecto deplorable para nuestra juventud

que al ver declarada de «interés nacional» una película, toman al pie de la letra las «consignas» y clasifican entre los héroes nacionales dignos de imitación la figura vergonzosa, inmoral y desagradable siempre de un Don Juan Tenorio, por ejemplo.

SUSTITUTO

## César A. Prieto PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

## Planchas ACANALADAS de CUBRICION

Almacenes ARBUES

Covadonga, 27 - GIJON

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Almacenes

Covadonga, 27  
esquina al Parque Infantil  
Teléfono 18-17

*Arbues*

Materiales

de

Construcción

GIJON

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA  
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874  
La más antigua de la provincia  
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos  
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

# La Caja de Ahorros de Asturias



Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)